

## CAPITULO XI.

DE CÓMO LA PALOMILLA SE ENCONTRÓ CON QUE AMABA AL AIRE.

### I.

Estaba muy lejos Zayda Fatima de suponer lo que doña Juana creía, esto es, que Zayda Fatima era el caballero del Aguila Roja, á quien vió herido en Mayorga: y tanto menos podia creerlo, cuanto que doña Juana le habia preguntado muchas veces con un vivo interés acerca de su hermano el rey de Granada, porque la Palomilla habia creído la historia que se habia contado en el Alcázar para justificar la vuelta á él de Zayda Fatima.

### II.

Esta, á pesar de que tenia en Valladolid gran casa con numerosa servidumbre, como correspondia á su rango, y á sus riquezas, tenia tambien al fin de la galería de los Apóstoles, cerca

de la cámara de la reina y con comunicacion con ella, un hermoso departamento compuesto de algunas habitaciones, y en la que tenia tambien alguna servidumbre.

Zayda Fatima mandó pusiesen un lecho junto al suyo, porque no podia ser de otro modo tratándose de la infanta doña Juana Nuñez, y mandó las diesen de cenar.

La cena era de la cocina de la reina, y harto frugal, porque la reina se cuidaba poco de la mesa y no queria gastos exorbitantes en su despensa, en una época en que tanta falta hacia el dinero, y tan pobres y aun tan hambrientos estaban los pueblos castellanos.

Sirvieron á las dos infantas una ánade que, segun dijo el camarero que las servia, habia cazado aquella mañana el rey, con otras muchas, porque era muy cazador; una liebre muerta por Juan Alfonso de Benavides, privado del rey, que era tambien cazador á maravilla, truchas del Pisuerga, conservas y mermeladas de las monjas de las Huelgas, y vino de las bodegas del rey.

Durante la cena, como estaban delante los camareros que la servian, la conversacion de las dos infantas versó sobre cosas indiferentes.

### III.

Zayda Fatima estaba pálida por contrariada y por colérica; pero con su gran fuerza de voluntad dominaba el estado de su espíritu, que no se revelaba mas que en su palidez, y aparecia sonriente y amabilísima con la Palomilla.

Esta, por su parte, estaba sobrescitada, y devoraba con sus magníficos ojos azules la hermosura de Zayda Fatima, creyéndola de buena fé el infante Ismail.

### IV.

Concluyó la cena, se levantaron los manteles, y las dos infantas quedaron solas.

—¡Ah, señora, cuánto sufro! exclamó la Palomilla.

—Sufrés, dijo Zayda Fatima, ¿y por qué? ¿Teneis el sentimiento de que vuestro marido sea el peor enemigo de la reina, cuando debiera ser su mas leal amigo y su mas fuerte apoyo?

—¿Y qué me importa á mí de mi marido? exclamó la Palomilla, escitando mas la interna irritacion de Zayda Fatima. Si continúa en sus rebeldías, si se obstina en ellas insensato, y el rey, que va dando muestras de ser tan persona como su padre, le toma un dia la cabeza, mejor; así me veré libre de la desventura á que me sentenciaron mis hermanos casándome con él: un viejo repugnante en el cuerpo y en el alma, un pícaro olvidado de todo, que no piensa mas que en atesorar y que me tiene robada mi hacienda.

—Por Dios, doña Juana, dijo con su voz siempre dulce Zayda Fatima; mirad que el hombre de quien hablais así es vuestro marido.

—Por mi desgracia, os lo repito. ¡Ah, si yo hubiera sido libre!

Zayda Fatima calló.

—Si yo hubiera sido libre, continuó la Palomilla, cuando conocí á vuestro hermano.....

—Mirad señora que mi hermano es el rey de Granada.

—No hablo yo de ese hermano vuestro, dijo con la voz trémula la Palomilla, sino de aquel que sirvió tan bravamente á la reina bajo el nombre de caballero del Aguila Roja, á quien conocí una noche en su campo cerca de Valladolid, á quien fuí á visitar cuando estaba herido en Mayorga: ¿nada os ha dicho vuestro hermano, señora, de cuánto le amaba yo?

—No, ciertamente, señora, contestó Zayda Fatima, pugnando

do poderosamente consigo misma para contenerse, pero me lo habeis dicho vos muchas veces.

—Y siempre habeis sido severa conmigo, doña María.

—Debo serlo; vos sois buena, doña Juana, pero estais obcecada, y no teneis valor: comprendo que os casaron contra vuestra voluntad por razones de ambicion, que os sacrificaron, que os unieron á un hombre completamente repugnante, al que no es posible amar: comprendo, que desventurada en vuestro casamiento, amaseis al conocerle á mi hermano; pero debísteis haber dominado vuestro amor, haberle hecho callar, haberle sepultado en el fondo de vuestra alma, haberle escondido, porque si nada debeis á vuestro esposo, ni amor, ni gratitud, ni respeto, os lo debeis todo á vos misma, á vuestro propio decoro; debíais no desconocer que la honra es el único tesoro de la mujer, que es un espejo que el mas leve aliento empaña, que el mas ligero choque rompe, y que el mundo es muy severo para con las mujeres que arrojan su honra deshecha en medio de la pública plaza.

—¡Oh, señora! exclamó doña Juana, vos no sabeis lo que es el amor.

—¡El amor! ¡que no sé yo lo que es el amor! dijo Zayda Fatima: tal vez, tal vez tenga desgarrada y desolada el alma: ¡quien sabe! el misterio de mi vida está oculto en mi corazon: tal vez haya encontrado yo sobre la tierra algun sér que me haya hecho sentir un amor de logro imposible; tal vez ha hecho Dios mi corazon insensible para el amor; ¡quién sabe! pero lo que sé muy bien es que feliz ó desventurada, tranquila ó combatida, pereceré antes que mancillar mi honra: y mirad que no os culpo, mirad que no os desprecio, mirad que soy yo muy indulgente para las flaquezas y las pasiones humanas, porque comprendo bien cuánto valor se necesita para resistir á la tentacion.

—Yo no he amado nunca, no he amado hasta que amé al caballero del Aguila Roja, exclamó doña Juana mirando de una manera intensa á Zayda Fatima.

## V.

Esta habia dominado completamente la situacion, y comprendió que era necesario romperla, acabar con ella; ¿pero cómo? esto no se ocurría á Zayda Fatima.

¿Cómo sin ofensa del pudor, de su invencible pudor, convencer de su error á doña Juana?

Por otra parte, la situacion en que esta se encontraba era muy natural, aunque hubiera debido, sobreponerse á ella la Palomilla; pero ya sabemos que habia sido mal educada, que habia vivido á su libertad, que nadie la habia reprendido, que por el contrario, todos habian adulado á la poderosa señora de la casa de Lara, y que si no habia dado escándalos habia dado graves muestras de licencia, habia visto al caballero del Aguila Roja, con el corazon libre y sediento de amor, y se habia enamorado de una manera voluntariosa, tenaz, acabando por contraer una pasion capaz hasta de lo imposible.

Todo lo disculpaba la maravillosa hermosura de Zayda Fatima, el haberla creído hombre la Palomilla, la fama de valentía, la aureola de grandeza que rodeaba al caballero del Aguila Roja, infante misterioso que no se sabia de dónde fuese, pero del cual emanaba algo régio de una manera indudable; como que Zayda Fatima estaba acostumbrada desde que nació al dominio.

## VI.

—Decís que nunca habeis amado, observó Zayda Fatima, y sin embargo, segun dicen, habeis alentado los galanteos de muchos hombres.

—Que no han pasado de ser galanteos, respondió con altivez la Palomilla.

—Algo mas que galanteos fueron los amores que tuvisteis con el rey, cuando no era un mancebo como hoy, sino un niño.

—Aquello no pasó de entretener á su señoría, dijo con impaciencia la Palomilla, y de ello tuvieron la culpa los grandes ofrecimientos que me hizo el infante don Juan, hasta hacerme entrever que podia ser reina.

—¡Por un doble crimen!

—El infante don Enrique es ya muy viejo, está achacososo; y en cuanto á la infanta doña Constanza, aunque estan celebrados los esponsales, no se ha celebrado aún el matrimonio.

—Se celebrará dentro de muy poco, así como las bodas de la infanta doña Isabel con el duque de Bretaña, dijo Zayda Fatima.

—Y bien, contestó la Palomilla no pudiendo resistir mas; yo he renunciado á todo por vos, por vos á quien adoro.

—¡Pero estais loca, doña Juana? exclamó de la manera mas severa del mundo, con una terrible energía; con la energía que conocemos en el caballero del Aguila Roja, lo que acabó de engañar á doña Juana: ¿que adorais á una mujer?

—Vos no sois una mujer; vos sois un hombre que de mujer se disfraza: vos no sois tampoco el rey de Granada; vos sois su hermano el infante Ismail, huido de Granada antes de que muriese vuestro padre y que os habeis quedado aquí porque amais.

—¡Que amo yo, y al decir que yo amo me creeis hombre! ¡y yo estoy en el Alcázar! ¿A quién creeis ama el infante Ismail, ese infante Ismail que vos decís, señora?

—¡A la reina! exclamó la Palomilla; á la reina que os ama y que porque os ama os tiene á su lado.

—¡Ah! es imposible, imposible ya de todo punto dejar de patentizar la verdad, exclamó Zayda Fatima.

Y encendida, cubierta de rubor, se abrió su traje, y dejó ver su garganta desnuda, sus hombros y el nacimiento de su seno á la Palomilla.

En la parte superior izquierda del seno habia una ancha cicatriz, causada al parecer por una lanzada.

—¡Ah! exclamó la Palomilla con una espresion indescribible, es cierto, es mujer: ¿y esa cicatriz?

—Esto quiere decir, exclamó Zayda Fatima cubriéndose vivamente, que el caballero del Aguila Roja, herido gravemente en el cerco de Mayorga sirviendo á su reina, y la infanta doña María de Granada eran una misma persona, y para que os convenzais mejor, mirad.

Y Zayda Fatima se desató las trenzas, las deshizo, echó fuera de sí los cabellos postizos y quedó con una magnífica cabellera rizada, cuya longitud no pasaba de los hombros.

A mas de esto, se abrió la cabellera, y en la parte superior de la cabeza mostró á la Palomilla la cicatriz de un hachazo.

—¡Ay de vos! exclamó Zayda Fatima, y ¡ay de los que propalen la infame calumnia de que la reina mancilla su limpia fama! ¡Ay de vosotros! porque para castigaros, la infanta doña María de Granada volverá á ser lo que ha sido durante un año. Ahora, recojámonos, doña Juana, y no hablemos ni una palabra mas.

## VII.

Doña Juana confusa, aturdida, avergonzada, no contestó.

Zayda Fatima llamó á sus doncellas, y un momento despues las dos infantas estaban recogidas en sus respectivos lechos.